

"Los dominios perdidos", Jorge Teillier,
Fondo de Cultura Económica, Santiago,
1992. Prólogo de Eduardo Llanos
Melana, selección de Erwin Díaz.

Con una decena de libros publicados, reunidos ahora en la antología "Los dominios perdidos", la poética de Jorge Teillier (Lautaro, Chile, 1935) sigue nombrando al mundo desde las palpaciones de las cosas sencillas, cotidianas. Como sus compañeros Rolando Cárdenas y Efraín Barquera, el cubano Eliseo Diego o el ruso Serguei Esenin, hay una manera de contemplar el entorno que declara una vocación de humildad. A esa calidad de atención le corresponde un lenguaje sucinto, escueto, susurrado. Sin grandilocuencia desahogada el misterio, descubre lo maravilloso de lo que lo rodea.

En el prefacio que escribió para una antología de Esenin al español, Teillier utiliza una cita del crítico Suren Gaisarín que le va también a su poesía. Gaisarín ve en Esenin dentro del "secular apego a la tierra, la exaltación del atraso de la aldea y el miedo a la ciudad y -además- el ingenio carístico soñador y la animadversión a los señores. Pingüinos, óleos y granujadas".

¿Acaso ese párrafo no es abarcador de la poesía lírica del poeta de Lautaro?

El mundo real y el mundo soñado habitan ese árbol de la memoria, de ahí que el poeta se asome al crepúsculo de sus hojas y tras el ventisquero recoja un puñado de vidrios rotos. De eso está hecha su poesía, de las imágenes que transitan esos espacios fragmentados, de los constantes desdoblamientos cuando el bosque de sombras recibe al forastero, al jinete, al enmascarado. Sus poemas son fotografías en blanco y negro en una secuencia donde apenas se ha cambiado de lugar un objeto o se ha movido alguno de los personajes. Postales, composiciones, bosquejos de un dibujo mayor que va adquiriendo su nitidez de un texto a otro a fuerza de nombrar las partes que lo componen.

El lector observa una memoria en movimiento, armando con paciencia y esmero los sitios de la infancia hasta en sus menores detalles; mostrando el aire cargado de lluvia, las sensaciones, los miridos, los susurros, las corrientes. En ese mundo -dejo hablar a Teillier- que "no ardeja, muestra imágenes sino la del desconocido que fatmos y viene desde otra época hasta nuestro encuentro". El visitante intenta descubrir una fotografía, pero desde el papel amarillento por el tiempo alguien intenta otro tanto: dos caras separadas por una lluvia fina intentan dibujarse en la memoria y logran componer, si acaso, un perfil borroso. Es el mismo poeta, habiéndose y extrajero de su lugar: "Todos bebimos en la misma medida / y volvimos como nosotros amparados / ebridos al pueblo que un día nos rechazó".

La galería de personajes que va del jinete furioso a los fantasmas que conducen trenes nocturnos, del borracho del pueblo a la niña que cree en los duendes, permite a Teillier introducir una gradualidad de narrador. De ahí el entremado de las historias impregnadas de misterio, el clima de leyenda y la alusión a cuentos, relatos y cartas en trochos de sus textos. A veces la forma de metadiscursar adquiere una estructura des-

criptiva y, como bien señala Eduardo Llanos en el prólogo de "Los dominios perdidos", en Teillier "los diálogos son silenciosos y los silencios son diálogos" refiriéndose a "una coherencia que se tiende y reposa sobre la realidad tan vagamente, que se deja sentir con un peso centípeto: un arrajo inefable que hasta se resiste a la verbalización, como un felino capaz de movimientos rápidos y elegantes, pero que se siente mejor en el sosiego. Paradojalmente, desde la profundidad vivencial de ese arrajo surge la contemplación activa".

Si la poética del chileno se revolta como un anclaje en un sur mítico que se transforma constantemente; cada estrofa asume sus obsesiones: el contacto con la tierra donde está ligado a una edad perdida, lo cíclico anunciando sucesivos retornos, el contraste entre un estado de pérdida y el oleaje de aquello que subyace como esencia, y una memoria única de ficciones.

El viento bebiendo que resuena en los muros del pueblo de Georg Trakl, es también el viento que sopla en la aldea de Teillier, aquel que dispersa sombras mientras amplifica la voz de Rilke: "Las cosas vividas, las cosas admiradas en nuestra confianza, están en su declinación y ya no pueden ser reemplazadas. Somos tal vez los últimos que conocieron tales cosas. Sobre nosotros descansa la responsabilidad de conservar no solamente su recuerdo (lo que sería poco y no de for) sino su valor humano y lírico".

La poesía lírica otra vez como una ma-

rada restauradora. En el poema "Semana valdiviana", de *Cartas para reñus de otras provincias*, Teillier monologa viendo como se desvanecen el pueblo, su paisaje, un puñado de amigos: "Ya no existe el lenguaje que incombaba la infancia", escribe, advirtiendo la pérdida de un modo de fabular. Se desintegra un mundo y en su caída se lleva las palabras; caen las cosas al pozo del tiempo y arrancan, en su naufragio, la lengua de aquel que las nombra. El poeta es para Teillier el sobreviviente de una edad perdida, "el guardián del mito y la imagen hasta que lleguen los tiempos mejores", el custodio de la edad de oro, la infancia entrecruzada de lecturas escolares, historias de filibusteros, atlas, pupulistas haciendo guantes desde la portada de las revistas, futbolistas y los veinte tonos de *El tiempo de la juventud* arrasados por un incendio en Traiguén, y Mack Finn, Robinson Crusoe, Buffalo Bill, Sandokán.

La poética de Teillier se levanta sobre una ciudad estructura formal. Sus imágenes surgen casi siempre de comparar lo concreto, aunque aquellos elementos que hace intervenir en sus metáforas tienen un devenir, cuentan una historia. Las imágenes de Teillier viven y se explican en relación al clima que las cubre, se apoyan unas con otras en esa escenografía. Quizá allí radique su valor, la prueba de trazar una poética alejada de las grandes voces (Neruda, Huidobro, De Rokha) y sin la grandilocuencia de aquellos. Un ejemplo: el recuento de la

prosopopeya tan utilizado por Huidobro para ver al mundo inanimado en escala humana y reproducir muchas veces una gradualidad ampulosa, se da muy diferente en Teillier. En su caso la transmutación es para humanarlo todo: en una palabra, las cosas no solamente se transforman en gentes sino que unas y otras adquieren un comportamiento similar. Y esa es la gran metáfora de Teillier, ese todo que se vincula a todo mediante una voz subterránea.

Por último cabe destacar los trabajos de Eduardo Llanos y Erwin Díaz como compilador y antólogo respectivamente, aunque no nos explicamos la ausencia de poemas tan significativos en la obra del chileno como "Los trenes de la noche", "Cursus" y "El viento de los locos", entre otros.

Poesía sin efectismos, sin alardes, piadosa del ornato, que nos enseña: *Poesía lo que importa no es la luz que encendemos día a día*

Sino la que alguna vez apagamos para guardar la memoria secreta de la luz. Lo que importa no es la casa de todos los días

Sino aquella oculta en un recodo de los sueños.

Lo que importa no es el carruaje sino las huellas descubiertas por andar en el barro.

JORGE BOCCANERA
Buenos Aires



Los pueblos polvorientos de Teillier

PUNTO FINAL (SANTIAGO)
13-VI-1993 7.19

Los pueblos polvorientos de Teillier [artículo] Jorge Boccanera.

AUTORÍA

Boccanera, Jorge, 1952-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1993

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Los pueblos polvorientos de Teillier [artículo] Jorge Boccanera.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile